

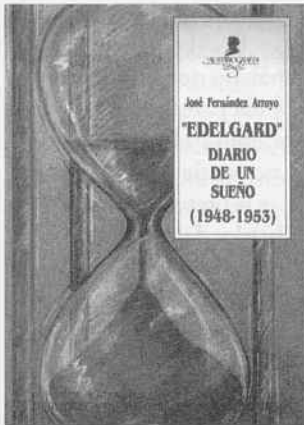
Edelgard, diario de un sueño (1948-1953)

Diputación de Ciudad Real, Biblioteca de Autores Manchegos, 1991

Diario de un intento (1954-1997)

Madrid: Cantahueso-Paramigos, 1997

Los diarios íntimos de José F. Arroyo



EN LA NOCHE de San Silvestre de 1948, un joven de 20 años anota en su cuaderno recién abierto: “Esta noche, en que muere un año más de mi vida, quiero dar comienzo a este diario de mis impresiones íntimas (...) Este año que va a comenzar abre una nueva etapa en mi vida. Quiero que mi vida de aquí en adelante, sea fecunda y fructífera”.

Así comienza José F. Arroyo (Manzanares, Ciudad Real, 1928), *Edelgard. Diario de un sueño (1948-1953)*, el primero de sus dos diarios publicados, a los que desde ahora me atrevo a considerar de un interés y valor inusuales en las letras españolas. Sin embargo, valor y precio no siempre se corresponden, y éstos no han sido reconocidos todavía como lo que son: un magnífico testimonio íntimo (valga la aparente contradicción), de notable calidad literaria, de los que no estamos tan sobrados en nuestra literatura. No es imprescindible que un diario tenga que ser íntimo, para que merezca la atención de los lectores, pero personalmente prefiero los que lo son o me convencen de que lo son, porque es en su intransferible singularidad, donde de verdad podemos sentirnos concitados, implicados o reclamados. Esto es al menos lo que me ha ocurrido en la lectura de estos dos diarios.

Escondidos en una edición institucional y en otra de escasa difusión, los diarios de Arroyo han pasado hasta ahora desapercibidos para la mayoría de los lectores y de los críticos. Sin embargo, aunque nos extraña, esto es consecuente con la escasa atención que todavía se le presta entre nosotros a este género literario, que como mucho consigue alguna audiencia, cuando se trata de personas o escritores de relevancia histórica, a veces con una acusada tendencia culturalista o chafardera. Hace todavía pocos años, como

si se tratase de pescadilla que se mordía la cola, se determinó que no existían, que no se habían desarrollado entre nosotros las memorias y las autobiografías, y por lo tanto no había necesidad ni justificación para su estudio.

En los últimos años, desde la historiografía literaria, desde la crítica y desde la creación, se ha demostrado, que con algunas peculiaridades propias, poseemos un género memorialístico apreciable en general, y en algunos casos destacado, merecedor de ser leído y estudiado. Este proceso es el que, con expresión políticamente correcta, podemos resumir como la "normalización" de la autobiografía española.

Dudo mucho que se pueda decir lo mismo de los diarios. Estamos lejos de la "normalización" diarística entre otras cosas, porque pesan todavía sobre este género algunos prejuicios inmerecidos y porque sin duda falta una comprensión completa de lo que es un diario: un género, muchas veces semiliterario, en el que no se puede equiparar, sino con grave error, edición y escritura.

Creo que no podemos generalizar ni pretender sacar conclusiones definitivas sobre la historia del diario en España o hacer conjeturas sobre su escasa importancia por los pocos publicados, sobre todo si pensamos en la inmensa masa de diarios de los siglos XIX y XX que sin duda todavía hoy desconocemos, por ignorancia, pérdida o censura. De hecho, sólo en casos excepcionales muy pocos de éstos han visto o verán la luz. Abusando del símil: el conocimiento del diario nos recuerda el de la masa del iceberg, que sabemos que existe por la puntita que aflora sobre las aguas, pero que esconde más del 90% de su volumen.

Bajo las aguas de lo desconocido e inédito podían haber quedado los diarios de Arroyo, sin aflorar a la superficie como tantos otros, pues no había desde las hegemónicas razones del mercado algo que justificase su publicación: ni es alguien popular ni sus diarios guardan secretos de Estado ni nos revelan hechos escandalosos. José F. Arroyo ha sido y es un escritor vocacional: un estimable poeta, relacionado con algunos de los postistas más renombrados, que ansió llevar a cabo una obra poética, que finalmente no pudo ser. Utilizó el diario como sopor-

te de su expresión personal y como continuidad de la escritura, hasta que pudiera desarrollarse, según su vocación, la que debía ser su obra poética. Pero ¡oh paradoja! lo que estaba pensado, en principio, como campo de entrenamiento o paso para la obra creativa, se convirtió en su verdadera "obra" literaria. Así creo que lo entendió el propio autor a partir de un determinado momento, aunque no pensó quizá publicarlo, hasta que decidió concurrir al Premio Comillas de Memorias de 1988.

Aquel gesto inaugural, que he citado al comienzo, puso en marcha un hábito que no habría de abandonarle en el resto de su vida, salvo paradas, que el propio texto comenta (la más prolongada entre 1977 y 1988, si bien no total). En la efemérides anual, que conmemora y celebra el comienzo, sigue convocando los mismos deseos y expectativas de una vida diferente, que no termina de llegar. Se dice, y es cierto, que, desde el punto de vista del lector, incluso de un autor distanciado, los diarios son reiterativos y circulares, sin embargo no lo vive así siempre el diarista. "Aimez ce que jamais on ne verra deux fois", dejó escrito A. de Vigny, y esa parece muchas veces la convicción con la que anota el escritor de un diario. Persuadido de que no puede dejar de escapar los momentos vividos que se le presentan, escribe no sólo con la intención de salvarlos del olvido, sino con la esperanza de que la escritura los haga únicos y los propicie: "Verdaderamente, esta vida mía es monótona y siempre igual. Me desespero. Todos los días me levanto con la esperanza de que ocurra algo nuevo, algo extraordinario" (*Edelgard*, p. 17).

Los dos diarios, arriba citados, nos muestran a un joven, después a un hombre maduro, que no consigue realizar sus sueños y proyectos. Su vida se desarrolla en un continuo riesgo de quiebra, en lucha con unas adversidades que le superan y le dejan al borde de la desorientación y la frustración. Es en estas coordenadas en las que hay que entender el carácter necesario del diario de Arroyo y su función de sopor-

te de su expresión personal y como continuidad de la escritura, hasta que pudiera desarrollarse, según su vocación, la que debía ser su obra poética. Pero ¡oh paradoja! lo que estaba pensado, en principio, como campo de entrenamiento o paso para la obra creativa, se convirtió en su verdadera "obra" literaria. Así creo que lo entendió el propio autor a partir de un determinado momento, aunque no pensó quizá publicarlo, hasta que decidió concurrir al Premio Comillas de Memorias de 1988.

La realidad del diarista y la del medio, del que intenta salir, unas veces la Mancha, otras un Madrid mediocre, dibujan un paisaje desazonante. En este contexto de falta de horizontes, propio de un diario de juventud, en el que el autor pugna por construirse

los suyos propios, la aparición de Edelgard Lambrecht, la joven alemana, que, postrada por la enfermedad, le dirige hermosas y sentimentales cartas, cumple un papel decisivo: "Ella es para mí, ahora lo único que presta ilusión y alegría a mi vida. (...) Y sin embargo, me doy cuenta de que esto es tan sólo un sueño irrealizable" (*Edelgard*, p. 63).

Edelgard es sobre todo, como dice el subtítulo el *diario de un sueño*, de un amor imposible, pues, aunque se sucedan como en un relato de aprendizaje multitud de episodios vitales (salida del pueblo y llegada a Madrid, atisbos de primera madurez, desasosiegos juveniles, los estudios y la dificultad de cursarlos, el trabajo, la mili en África, el descubrimiento del sexo, etc.,) el hilo narrativo y el sostén psicológico de esos años no es otro que una singular relación amorosa, en la que el intercambio epistolar es decisivo. A partir de ese momento el relato avanza con dos ritmos con dos narradores y dos narratarios, que adensan y complejizan el diario.

Aunque ambos diarios tienen una evidente continuidad cronológica y unas preocupaciones comunes, que les conceden una innegable unidad, presentan también unas claras diferencias. *Edelgard*, preparado, que no reescrito para el ya citado Premio Comillas, tiene un tono constante y un equilibrio innegable, basado en una acertada y sólida estructura narrativa, que le otorga la relación epistolar con Edelgard. Esta relación constituye por sí sola la hermosa "novela" epistolar de una peculiar historia amorosa, la historia que eleva al diarista por encima de las limitaciones ambientales ya comentadas. A veces la vida se organiza con la lógica de una calculada novela, pero en este caso el autor tuvo además el acierto de cerrar el diario, justo después del viaje a Flensburg (Alemania), con la que sería la última carta de Edelgard y su tácita despedida, pues ella nunca más volvió a escribirle, produciendo un efecto de suspensión narrativa y dramática de alta intensidad, que el siguiente diario resolverá.

¿Es lícito modificar, añadir, omitir o cambiar la hechura de un diario íntimo para publicarlo? Es lícito siempre que no se traicione el original y siempre que sea el propio autor el que, avisándolo previamente, lo

haga. En este caso, según Arroyo, en carta del 11 de febrero de 1998 a mí dirigida, las principales modificaciones, entiendo que legítimas, pues no creo que afecten al sentido general del diario, han consistido en incorporar al diario, traducidas del francés, las cartas íntegras de Edelgard, las cuales ya aparecían en los cuadernos originales por los comentarios que el diarista hacía en él o por las citas literales más o menos amplias, y la supresión de los nombres propios o hechos de terceras personas que podían sentirse heridos o dañados por las anotaciones.

Diario de un intento (1954-1997) es un diario más discontinuo y desigual, capaz de las mejores y las peores cosas, si bien no falta casi nunca al compromiso de intimidad y sinceridad. Las cartas de Edelgard desaparecen lógicamente, la relación amorosa acaba tácitamente, pero la presencia, el recuerdo y la nostalgia del amor imposible contrapuntea este diario con una letanía melancólica: "17 Noviembre (1956).- De vez en cuando me acuerdo vivamente de Edelgard. Algunas veces, una chica que veo en el metro o el autobús, me hace pensar en ella. ¿Qué será de su vida? ¿Cómo estará de su enfermedad? ¿Será feliz? (...) 28 Diciembre (1956).- (...) entre la acariciadora atmósfera de felicidad que me envolvía, también aparecieron, como flotando delicada, discretamente, ciertos recuerdos más o menos lejanos. Apareció -¿cómo no había de aparecer?- el recuerdo de Edelgard, un poco triste, un poco doloroso, y también un poco consolador. ¡Pobre Edelgard!".

Más adelante, en una anotación-resumen de 1983 sabremos que la "pobre" Edelgard había muerto el 19 de septiembre de 1970. Incluso así su "espíritu" sigue flotando en las hojas de este diario, pues la joven alemana, el amor imposible del diarista, lo cierra significativamente, explicitándose lo que durante todo el texto se siente como una sombra invisible, como un peso intangible, que el diarista ha soportado en el silencio y en la soledad de su corazón. En la última entrada del diario, Arroyo, con rigor y sinceridad encomiables, le ajusta, 43 años después, las cuentas a su pasado, a sí mismo, a su falta de valor con la muchacha a la que nunca le dio una respuesta ni una explicación de su abandono: "22 Enero 1997.-

josé fernández arroyo

DIARIO DE UN INTENTO

(1954-1997)



(...) Tengo que confesar que esta nueva lectura de esa parte de mi diario, además de emocionarme en muchos pasajes y por muy diferentes motivos, ha vuelto a poner en carne viva mi sentimiento de traición o infidelidad a la sincera promesa que hice a Edelgard de hacerla mi esposa. Este remordimiento lo he sentido siempre en el fondo de mi corazón (...) posiblemente fuera infiel a mi promesa, pero no he sido nunca infiel a su amor ni a su recuerdo”.

Por otra parte, este diario está atravesado de manera muy notable por la falta de tiempo, que es aquí algo más que un simple tópico o excusa, y el diario se resiente. No se resiente su carácter de testimonio de intimidad, pues el diario sigue dando y a veces de manera dramática cómo vive Arroyo esta carencia. Es un magnífico documento de la urgencia y la tiranía de la vida que nos arrastra sin dejarnos vivir, obligándonos a vivir en un sinvivir.

Los diarios de José F. Arroyo son también diarios, de escritor o, mejor, de la dificultad de ser escritor y de la frustración consiguiente por no poder realizar la obra soñada. El diario da cuenta de ese anhelo por la escritura y el calvario de no poder escribir, por la falta de condiciones materiales y anímicas, que conduce a la renuncia casi total. Queda el diario como tabla de salvación, pero también como lastre o comprobación de la impotencia creadora.

El diario se convierte en una carga, en un compromiso que pesa, cuyo incumplimiento acarrea además un sentimiento de culpa por lo que mantiene una lucha continua, y aunque en la entrada del 11 de enero, que inaugura el año 1958, concluya: “Es inútil quejarse de la marcha del tiempo. No hay nada que hacer. Los días se escapan en ráfagas veloces. De ahora en adelante, escribiré sencillamente, cuando pueda y cuando sea capaz de decir algo interesante”. El desasosiego, ante el miedo de perder su único soporte, termina por agudizar el conflicto de su escritura. El diarista se queja, se resiste, expresa su frustración. Consciente de que le va mucho en su diario, lo mantiene como el último asidero de una obra literaria que se le esfuma por falta de tiempo. No renuncia a la escritura de éste, pero a veces se hace más anecdótica o superficial, nunca frívola, más tónica y reiterativa.

Sin embargo, junto a estas anotaciones, el diario mantiene momentos o hallazgos importantes, que no siempre explota en todas sus posibilidades y que son imposibles de comentar por la brevedad de esta nota. Daré, pues, una sucinta relación de aquellos que me parecen más interesantes y peculiares. En primer lugar, la desidentificación o extrañamiento del yo y su relación con otros temas filosóficos de marcado contenido introspectivo como la obsesiva y personal postura ante la muerte. En mi opinión son muy reseñables los atisbos del *sí mismo* como otro, que Arroyo introduce en este diario a partir de hechos anecdóticos: “De vez en cuando me sorprende la idea de encontrarme yo aquí, entre estos obreros embutidos en sus trajes negros, impermeables, con sus cascos de seguridad (...) Me sorprende y me resulta extraño encontrarme a mí mismo y observarme como si fuera otra persona ajena a mí mismo, distinta de mí”. “El otro día, al mirarme al espejo mientras me afeitaba, experimenté esta sensación: como si me viera por primera vez, estuve observando atentamente mi fisonomía, estos rasgos de mi rostro que siendo tan familiares, me resultaban de pronto desconocidos (...) y entonces me pareció un completo desconocido el hombre que veía en el espejo”.

Otro capítulo no menos importante lo constituyen sus felices observaciones sociológicas y culturales de sus estancias y numerosos viajes por el extranjero: el efecto comparativo, algunas veces involuntario, entre el interior y el extranjero convierte el diario en un documento histórico de singular valor, pues rara vez la novela de los años 50 u otros documentos autobiográficos pueden establecer esa comparación de manera tan clara y plástica. En este sentido, hay que destacar las anotaciones de las estancias en Inglaterra y en Francia (1955 y 1956), en donde el diarista desempeñó diferentes trabajos. No es que el diario de Arroyo adopte una perspectiva sociológica predeterminada, pero algunas anotaciones descriptivas alcanzan ese valor: “Ahora pienso en el largo viaje de París a Madrid: un día entero de tren. Un viaje tranquilo y cómodo hasta la frontera, en uno de esos rápidos y limpios trenes franceses y un viaje pesado, incómodo, gregario y sucio en un departamento de tercera clase, en un lento y ruidoso tren español. Se notaba enseguida que estábamos en España. El ambiente sucio, alegre e inconscientemente feliz de la gente, las discusiones en voz alta, los

gritos, las risas de estas gentes que viven sin darse cuenta de esta mediocridad sin solución”.

Por último merece destacarse que éste es, como ya he dicho antes, un diario de escritor que pugna por hacer su obra, pero es también un diario que muestra las propias dificultades de llevar diario. La comprobación de las limitaciones y esfuerzos por mantenerlo, de los desfallecimientos y del sentimiento de culpa que conlleva faltar a los compromisos, de la exigencia del diarista consigo mismo y de los “bajonazos” que él mismo se propina, de su estricta sinceridad y de la crueldad con sus propios defectos, en fin, diferentes formas y apariciones de la autoestima que la práctica del diario implica: “Hace ya tanto tiempo que tengo interrumpido este diario que ya no sé si seré capaz de continuarlo. El afán de escribirlo es como una llaga incurable, que me aguijonea continuamente. También hace ya mucho tiempo que no consigo escribir un poema: es algo superior a mis esfuerzos.

“Mis amigos, sin embargo, van triunfando y haciendo su obra. Arrabal es considerado ya en Francia como uno de los escritores de vanguardia más interesantes. (...) Ángel Crespo trabaja mucho, aca-

ba de publicar un libro de poemas hace poco (...) Sólo yo continuo estancado (...) La razón es, seguramente, mi falta de talento y mi falta de capacidad de trabajo y de esfuerzo y de perseverancia.”

Al final de su diario, Arroyo expresa su personal desaliento por la escasa repercusión de *Edelgard*, su primer diario: se siente con toda razón “ninguneado”. Sin resentimiento ni sorpresa, comprueba en su propia obra las limitaciones y negligencias que todavía sufre la autobiografía en España: “En el Boletín de la U.E.B. he podido leer diversas relaciones de diarios, memorias y autobiografías publicados en España en los últimos años por escritores y personajes conocidos, pero no he encontrado por ninguna parte la menor referencia a mi nombre ni a mi diario”. Quede esta nota como el reconocimiento a estos admirables diarios íntimos, y sobre todo como una invitación a su lectura. Estoy seguro de que los lectores no saldrán defraudados.

Manuel Alberca